

Veintiún dolores, una Violeta

La calurosa tarde del 5 de febrero de 1967 se escuchó un balazo en La Reina. Fue un tiro certero...

Fra Violeta Parra que decidió morir a los cincuenta años en la cabaña donde vivía, cantaba, bailaba y componía; el mismo techo precario donde hacía cerámica, bordados con restos de lanas de colores y poesía. Donde cocinaba cazuela, chupichino y unas empanadas jugosas. Donde había amado con vehemencia y quebranto.

Tenía parche curules en los dedos. La noche anterior había estado cantando y rasgueando su guitarra con furia para ver si así se aliviaba su mal de amor.

No fue el desamor sentimental el finco-dolor que la impulsó a dispararse un tiro. La incompreensión y falta de reconocimiento artístico en su propio país la fue colmando de pena. Pero Violeta, pasional de nacimiento, había amado con furor de terremoto chililaje a muchos hombres, a veces manteniendo relaciones duraderas e hijarriadas, nunca sintiéndose amada como ella necesitó. Fueron los desgarros de amor a Chile, a la música y a su hombre, los que se arrancó del corazón de un balazo en esta tarde calurosa.

"MALEZA"

Violeta del Carmen Parra Sandoval había nacido, campesina y cantora, el 4 de octubre de 1917, a las once de la noche, al interior de Chillán. La vecina que ayudó a su madre a traerla al mundo fue la primera en sorprenderse con la criatura que traía dos perlas de leche en la boca, un par de dientes blancos y sonrosados imposibles en un recién nacido.

Su infancia en Lantaro la pasó compartiendo hambre, canciones y travesuras con sus diez hermanos y hermanastros. A pesar de las estrecheces económicas siempre hubo música en la casa. En las tardes oscuras del sur, los padres de Violeta—Clarisa y Nicanor—entonaban virreys, canciones alrededor del braseiro y siempre se les unía algún pariente o vecino con arpa, caba o acordeón.



El padre, profesor de música, escondía su guitarra con llave. Pero Violeta, de siete años, se las ingenió para subirla y aprender a sacarle sonidos hermosos.

Antes de los diez años organizó a sus hermanos en una estrategia para combatir la pobreza: cantaban en tréces, cirros y canas de recolectando. Violeta ella se dedicaba con el espectáculo circense y con las presentaciones de payadores y congueros que animaban las casas de prostitución.

No le gustaba la escuela y era enfermiza. Los demás niños le decían "Maleza" porque era rebelde y voluntariosa pero también por las marcas que dejaron en su cara la alfilería, la ruborosa, la peste críal y el sarapión, que la hicieron sentir una niña fea, y más tarde... una mujer poco agradada. Sin embargo, no le faltaron amores.

LOS LUISES

En Santiago, en una quinta de recreo en Matucana, conoció a su primer marido, Luis Cereceda, un obrero de maistranza que viajaba en bicicleta de una provincia a otra para escucharla cantar. El romance fue rápido. Tuvieron tres hijos, compartieron diez años, pero el matrimonio se quebró. "El quería una mujer que le lavara y cocinara..."

Yo quería cantar", explicó ella con lógica implacable.

Con sus crisis a cuestas y el nombre de dentado "Violeta de Mayo" siguió trabajando en barra de mala suerte, apoyada por su hermano y mentor, Nicanor Parra.

Le pensaban los Luises. Luis Arce, maestro muelblota, fue su segundo marido. Él era un hombre tranquilo, comprensivo, católico. Tuvieron dos hijas: Carmen Luisa y Rosa Clara. Se separaron amistosamente cuando ella viajó a Europa a mostrar sus trabajos textiles y de recopilación folclórica y se quedó varios meses en esos menesteres.

Un joven cantante español, Paco Ruz, fue su acompañante en los días y las noches de ese recorrido. Cuantan que ella lo dejó un día y que la insistencia de él para retomar la relación no dio resultados.

En ese viaje y otros varios posteriores, Violeta fue reconocida en el Viejo Mundo como la artista multifacética y excepcional que era. Se pasó por los más importantes escenarios mostrando la música popular de Chile, la de los pobos, el canto de las levandoras, las recolecciones de frutas, los prontuatos, los bandidos rurales, los payanos trincantes, los artistas de la calle, los olvidados de Dios.

Pero el éxito de su trabajo se quebró en París con la llegada de una crisis. Su hija Rosa Clara, de menos de diez meses, había muerto repentinamente. Ni siquiera pudo estar en el funeral de la pequeña.

RUN-RUN

En Chile Violeta había alcanzado cierta notoriedad como folclorista, y se comestó que algo tenía con otro joven cantante, protagonista de "La Pírgola de las Flores", de nombre Pedro Moussac. El rumor no fue desmentido ni confirmado.

Pero fue en Europa donde Violeta conoció al hombre de quien se enamoró perdida-

mente. El francés Gilbert Favre, músico, actor, mimo, ocho años menor que ella, era el hombre en el que Violeta vio la encarnación del amante y el compañero para toda la vida.

Tuvieron un romance turbulento, apasionado, trágico. Recorrieron emparejados varios países, haciendo presentaciones conjuntas, trabajando sin descanso. Volvieron juntos a Chile. Ella lo miraba como a un hijo y lo llamaba Run-Run... Pero Gilbert Favre siempre se iba y la dejaba esperando el reencuentro... Ella lo amaba, lo orlaba, lo seguía, le escribía. Él la amaba, la visitaba, la admiraba, la criticaba. Les costaba separarse... No podían estar juntos.

Cuando Violeta regresó a Chile, en 1965, se desarrollaba el movimiento de "la nueva canción chilena", estrechamente vinculado a su trabajo y sus intereses. Se pliega a la explosión creativa de esos días, junto a sus hijos Isabel y Angel, Patricio Mannes, Osvaldo (Gómez) Rodríguez, Rolando Alarcón, Víctor Jara, Ricardo García, René Largo Farías, entre otros.

Pone en pie su caba a fines de ese año. Estaba llena de ilusión y entusiasmo al montar esa especie de circo, como los de su infancia, que quería llevar de muestras artísticas, música y expresiones culturales. Todos los días, Violeta y su hija Carmen Luisa encendían un gran fogón en el canto de la plaza, preparaban comparsas, arcaicos, mate y música, y esperaban al público. Pero llegaba poca gente, a veces dos o tres personas, frente a las cuales se hacía igual el espectáculo. Violeta canta, baila, hace presentaciones de títeres, muestra sus bordados y esculturas a los pocos interesados.

Los amigos la encuentran cada vez más hosca, agresiva, rabiosa e irascible. Ni la presencia de Gilbert logra aplacarla. Viene a verla a Santiago, le dice que está enamorado de ella, pero Violeta está insuperable y Gilbert sale escapando a los pocos días, rumbo a Bolivia. Violeta escribe y canta: "Run-Run se fue pa'l norte, no sé cuándo vendrá, será para el cumpleaños de nuestra soledad..."

En esas angustias estaba cuando conoció a un joven uruguayo de origen campesino, de nombre Alberto Zapicán, vigoroso y atractivo, que la acompañó en la cama y en las dificultades cotidianas con paciencia, cariño y entrega.

A fines de 1966, Violeta se deprimió sin remedio. La caba no daba los resultados esperados. Su música y su arte no eran valorados en su país. Pocos veces tenía de qué alegrarse. Le dolía la incompreensión y el desamor. Algo en ella se iba desgarrando irremediablemente. La noche del 4 de febrero tocó su guitarra, tal vez pensando en Run-Run, porque era el día de San Gilberto según el calendario.

Estaba completamente sola cuando se quitó la vida. En cincuenta años se había dado tiempo para renovar la música y la canción latinoamericana, construir una nueva forma de ser artista, darle status internacional a nuestra cultura popular, poner hijos, recorrer el mundo con el nombre de Chile en la garganta, amar a muchos hombres con rabia y vehemencia, pelear con los poderosos hasta ser escuchada, soportar mucho más que veintiún dolores... y morir como eligió.

PAMELA JILES

Veintiún dolores, una Violeta [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Jiles, Pamela, 1960-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Veintiún dolores, una Violeta [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile